

CARPE

PROSA Y POESIA DE
FERNANDO ALONSO
LEONIDAS BARLETTA
ALVARO YUNQUE
JORGE MENDEZ
MIGUEL M. ALASCIO CORTAZAR

TATA

CERO

XILOGRAFIAS DE
HECTOR MAZZOLENI
MARIO CECCONI
DANIEL ZELAYA
LINDA RENDINI

M. A.

SUMARIO

FERNANDO ALONSO

"Amor y sexo en la narrativa argentina"

(Confesiones en torno a un libro en preparación)

Xilografías de HÉCTOR MAZZOLENI

LEONIDAS BARLETTA

Cuento

"La jaula vacía"

(Solamente para mujeres)

Xilografías de MARIO CECCONI

ALVARO YUNQUE

Poesías

"Mano de Hombre", "Alabanzas al trabajo", "Aquí, en Buenos Aires", "El obelisco de Buenos Aires", "Cafés y librerías", "Otoño en Buenos Aires", "Terruño", "Calle Florida popular", "Camaradas artistas", "El primer cigarrillo"

Xilografías de DANIEL ZELAYA y LINDA RENDINE

JORGE MÉNDEZ

Poesías

"Todos nosotros", "Diálogo con Isabel"

Xilografía de LINDA RENDINE

MIGUEL M. ALASCIO CORTÁZAR

Cuento

"El coche, el guiso y la vergüenza"

(para Alba Gandolfi)

Xilografías de HÉCTOR MAZZOLENI

Dirección

MIGUEL M. ALASCIO CORTÁZAR

Sección Plástica

HECTOR MAZZOLENI

Coordinación

JORGE MÉNDEZ

Diagramación

DANIEL ZELAYA y ROBERTO MERGOSA

DOS POEMAS

EL COCHE,
EL GUISO

AMOR Y SEXO
EN LA NARRATIVA

LA JAULA VACIA
(SOLAMENTE PARA MUJERES)

POESIAS
ALVARO YUNQUE

XILOGRAFIAS DE
DANIEL ZELAYA Y
LINDA RENDINI

Camaradas artistas

*Camaradas artistas, no apresurarse mucho :
Vivir en Buenos Aires donde impera el comercio
¿ Buscáis aquí la gloria de sonrisas y aplausos ?
¿ También buscáis algunos puñados de dinero ?
No apresurarse mucho, camaradas artistas*

SUMARIO

FERNANDO ALONSO

"Amor y sexo en la narrativa argentina"

(Confesiones en torno a un libro en preparación)

Xilografías de HÉCTOR MAZZOLENI

LEONIDAS BARLETTA

Cuento

"La jaula vacía"

(Solamente para mujeres)

Xilografías de MARIO CECCONI

ALVARO YUNQUE

Poesías

"Mano de Hombre", "Alabanzas al trabajo", "Aquí, en Buenos Aires", "El obelisco de Buenos Aires", "Cafés y librerías", "Otoño en Buenos Aires", "Terruño", "Calle Florida popular", "Camaradas artistas", "El primer cigarrillo"

Xilografías de DANIEL ZELAYA y LINDA RENDINE

JORGE MÉNDEZ

Poesías

"Todos nosotros", "Diálogo con Isabel"

Xilografía de LINDA RENDINE

MIGUEL M. ALASCIO CORTÁZAR

Cuento

"El coche, el guiso y la vergüenza"

(para Alba Gandolfi)

Xilografías de HÉCTOR MAZZOLENI

Dirección

MIGUEL M. ALASCIO CORTÁZAR

Sección Plástica

HECTOR MAZZOLENI

Coordinación

JORGE MÉNDEZ

Diagramación

DANIEL ZELAYA y ROBERTO MERGOSA

POESIAS

ALVARO YUNQUE

XILOGRAFÍAS DE

DANIEL ZELAYA Y

LINDA RENDINI

Camaradas artistas

*Camaradas artistas, no apresurarse mucho :
Vivís en Buenos Aires donde impera el comercio
¿ Buscáis aquí la gloria de sonrisas y aplausos ?
¿ También buscáis algunos puñados de dinero ?
No apresurarse mucho, camaradas artistas,
todo nos llegará después de muertos.*

Álvaro Yunque

MANO DE HOMBRE

Te saludo, vencedora de lo inerte,
vencedora de lo basto que a tus ímpetus se opone,
¡Oh, herramienta constructora de herramientas,
mano de hombre!

Tú del caos
haces orden,
tú a lo yerto das la vida,
tú al vencido tornas joven,
inventora del trabajo que redime. ¡Te saludo,
mano de hombre!

Ya eres arma, ya instrumento,
mano insomne;
circuló por tí la rueda
y por tí humilló el biplano al viento prócer.
Definiste, mano-genio,
los contornos de lo informe
y animaste, mano-obrera,
cuanto fuere: piedra o mármol, hierro o bronce.
Tuyo fue lo vigoroso, tuyo fue lo delicado,
conjugaste lo minúsculo y lo enorme;
diste a todo tu alma misma,
grácil mano, mano osada, fuerte mano, mano de hombre.

Empujaste a lo imposible ciencias y artes,
conquistaste a los misterios más feroces,
mano omnímoda, palanca de los siglos,
mano de hombre.

El trabajo, creatura de tu genio,
tú llevaste desde el átomo hasta el orbe;
¡te saludo, oh, laboriosa, te saludo, oh, invencible,
mano de hombre!



AQUI, EN BUENOS AIRES



EL OBELISCO DE BUENOS AIRES

Buenos Aires, concilio de mujeres hermosas,
tu obelisco nos habla de tu virilidad;
el día que en tí no haya más hermosas mujeres,
¡Ah, tu erecto obelisco!... ¿No se derrumbará?

OTOÑO EN BUENOS AIRES

De esperanza y de sol abril te viste,
(verde-árbol, sol-oro) Buenos Aires,
huyó el rojo verano, el blanco invierno
lejos de tí aun se encuentra, Buenos Aires;
comienzos del otoño, vagan brisas
que el corazón te besan, Buenos Aires;
tu río-pampa es un bruñido espejo
donde se admira Venus, Buenos Aires;
las gentes van aladas, te sonrío
de tan azul el cielo, Buenos Aires;
como para una fiesta te engalanas,
doncellil es tu porte, Buenos Aires:
No descubrió del mundo la belleza
quien no ha visto un otoño en Buenos Aires.

TERRUÑO

Desde Jujuy a Tierra del Fuego
Me dicen que es la patria grande:
Sé que mi patria es la Argentina,
Pero mi patria es Buenos Aires.

AQUI, EN BUENOS AIRES

"Soy un ciudadano del mundo".
Sócrates

Triunfan neologismo y barbarismo.
Muere el purismo y el academismo,
viejo gotoso, en su cubil se encierra.
Todo lo invade el cosmopolitismo...
Me siento un ciudadano de la Tierra.

El primer cigarrillo
El primer cigarrillo...
¡Ah, encenderte quisiéramos
en los ojos brillantes
de las mujeres - ¡todas bellas! - pero...
Pero queda apagado.
Ninguna, todavía, nos da fuego.
Álvaro Yunque

CAFES Y LIBRERIAS

Cafés y librerías de la calle Corrientes,
 cafés y librerías de la Avenida 'e Mayo,
 por unos, charla en ronda de amigos, siempre en Venus,
 por otras esa búsqueda del libro, siempre ansiado.

Cafés y librerías, oasis del desierto.
 que es la urbe colmada de ruidos, un día
 no veréis ya mi alto fantasma por vosotros...
 Ni me echaréis de menos, cafés y librerías.

CALLE FLORIDA, POPULAR

Calle Florida, no eres la que Rubén Darío
 Cantó en 1900 con su voz de panida;
 hoy eres otra y eres la calle del gentío,
 no de la aristocracia del dinero, Florida.

Hoy todo el mundo huella tu popular asfalto,
 ya no carruajes, búcaro de lo exquisito y tonto
 hoy autos y camiones te cruzan y, bien alto,
 van diciendo que todo será de todos pronto.

ALABANZAS AL TRABAJO

"El trabajo debe ser el protagonista
de nuestros libros".

Gorki

Te quejas...
 Hombre, es tu alma
 que rechina:
 ¡Límpiale el moho: Trabaja!

¡A trabajar, a luchar!...
 Sólo interroga al Destino
 quien ha empezado a dudar:
 Hombre que sabe el camino
 no se para a preguntar.

Las ignoradas raíces
 no saben de admiraciones
 y las raíces trabajan
 para que canten las flores.

Si todos "morir debemos",
 ¡hay que morir trabajando!
 ¿Por qué no vivir como héroe
 si a muerte estás condenado?

El odio,
 bestia fantástica,
 tiene pezuñas y alas.
 El amor, tiene dos manos
 que trabajan.

Ejemplo de trabajo
 da la tierra:
 Si el hombre olvida ararla,
 si el hombre no la siembra,
 por sí sola se cubre
 de malezas.
 No puede estar ociosa
 la útil tierra.

Trabajo, todo ablandas,
 para tí no hay pan duro
 y muelle es toda cama.



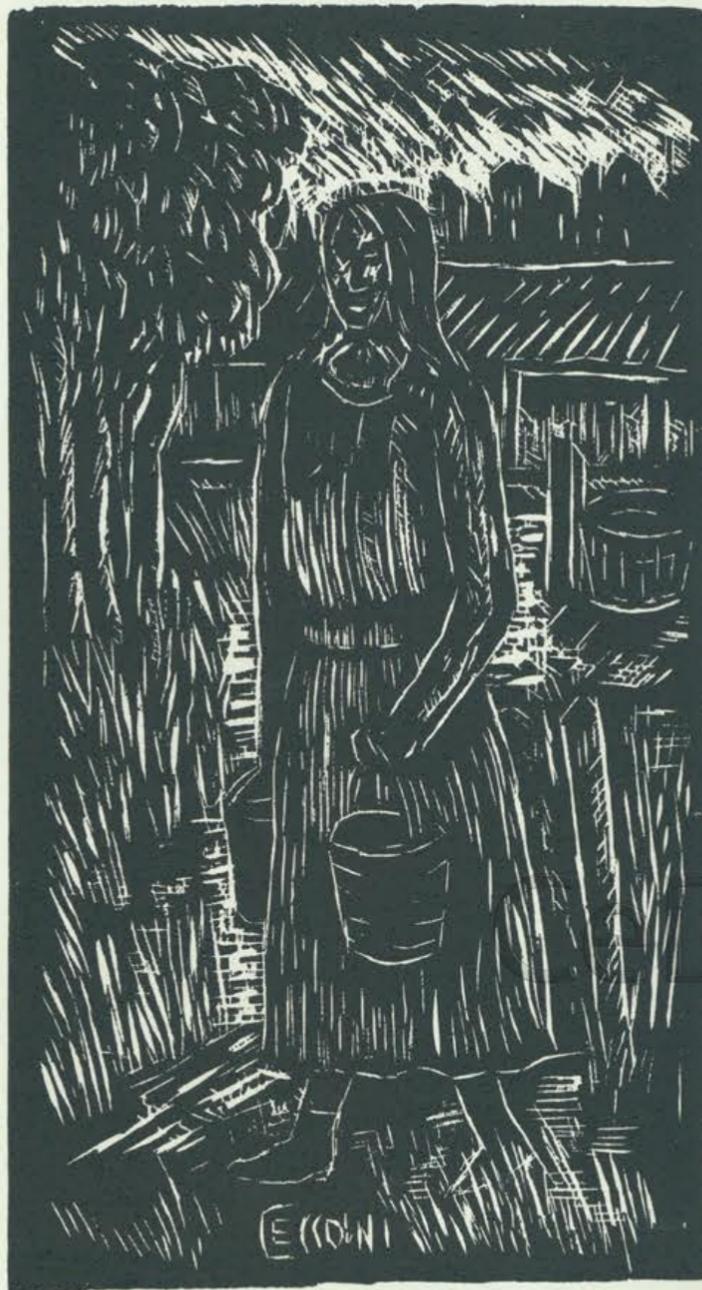
LA JAULA VACIA
(SOLAMENTE PARA MUJERES)

LEONIDAS BARLETTA

XILOGRAFIAS DE
MARIO CECCONI



CeDInCI



El muchacho entró en la casa con aire irresoluto. Sin embargo, todas las cosas parecían acogerle con la misma familiaridad de antes. Los jazmines respiraban su cálida dulzura. El ladrillo giboso del pasadizo se movió bajo su pie con el leve chasquido de siempre. De la misma tinaja resquebrajada de la aljaba salieron revoloteando en esos dos gorriones vocingleros. Como tantas veces, la vecina del comedor sacó su cabeza erizada de rulos y medio cuerpo mal cubierto, cruzándose la pañoleta sobre el pecho y tartamudeando como con susto:

—El de la Florinda...

Solamente un detalle había cambiado: la jaula que estaba en la pared junto a la puerta de la pieza, la jaula de alambre del pajarito que Florinda entraba de noche, cuando se despedían pendía torcida de su gancho, vacía y muda.

El no había hecho mucho caso del pájaro y hasta se había impacientado alguna vez por los arrumacos que Florinda le hacía, pero ahora le preocupaba aquella jaula vacía.

Sin denotar sorpresa, la anciana fue saliendo de la penumbra de la habitación hasta quedar en el marco de la puerta. Sonreía con una expresión mezclada de inquietud y simpatía.

Todo era igual, pero... ¡cómo había envejecido Doña Mariana! Y parecía como si quisiese que él advirtiera su derrumbe, como si se complaciese en mostrarle tácitamente su desmejoramiento, así, tan de golpe, haciendo bailotear los ojitos preguntones y temerosos de una respuesta desagradable.

El, más que oyó, adivinó su invitación a pasar con las mismas palabras corteses de siempre.

Se sentaron junto a la mesa y él, dijo sin mirarla, acariciando la felpa de la carpeta como si acariciara el dorso de una mano amiga:

—Vine de paso, para hablar con Florinda, porque...

—No está... —baluceó Doña Mariana con los ojitos extrañamente brillosos.

—Hubiera querido verla antes de volver a irme... —murmuró él— porque...

—Se vuelve a ir... —farfulló la vieja.

—...Y esta vez... tardaré no sé cuánto en volver... Si es que vuelvo... Las cosas andan mal en mi tierra... Y mi obligación, es estar con todos en el peligro...

Doña Mariana, levantó los ojos y los posó en él y articuló, casi sin sonido:

—Lo sé...

—Hubiera querido verla... y que me comprendiera... —cuchicheó él y se turbó.

—Oh, Florinda... Ahora ya lo comprende todo —afirmó Doña Mariana enigmáticamente.

El muchacho prosiguió sin advertirlo, y hablaba con cierto ardor contenido, pero se le había puesto en la cabeza que el pájaro saltaba en la jaulita y hubiera salido al patio a comprobarlo.

—Dígale usted... Dígale cuánto la quiero... Oh, esto es poco... Dígale que si no me matan... Aquí estaré para unirnos, para que sea verdad todo lo que soñamos...

Su voz silbaba y se hizo súbitamente grave:

—Hubiera querido decírselo yo mismo... aunque no hubiera encontrado palabras para hacerlo... pero,

salimos dentro de un momento... es un viaje largo... de días... y escondiéndonos...

—Cuidate... —musitó ella.

—Sí... Y quizás sea mejor que ahora no la vea... No sabría cómo explicarle porqué me fui sin despedirme siquiera... Todo lo que le dije fue: Florinda...

—... Vienen días muy duros...

—Ah, se lo dijo... Usted lo sabe... Sí... Eso le dije... Eramos... A usted puedo decírselo... como dos chicos... Esas seis cuadras de la fábrica hasta aquí eran toda mi alegría... Que yo no dejo el barrio ni por un palacio... Que me dan la piecita del fondo... Que yo a mamá no la dejo ni por un galán de cine... Que el horóscopo dice que voy a tener muchos hijos... No la voy con el tuis... Que la pobre Evita era una santa... Que el pajarito no me comió la lechuga... ¡El pajarito! El único pajarito que hay es ella...

—¡Se murió! —tartajeó la madre con los ojos fijos, clavados en el vacío.

—Ya me parecía. —respondió el muchacho— Me lo imaginé al ver la jaula vacía...

—No... —murmuró la madre, pero se le hizo un nudo en la garganta. La conversación se deslizó en declive hacia un pozo de silencio que los llenaba de inquietud y angustia.

—Me voy... No puedo esperarla...

Ella movió los labios, sin que se oyera palabra. Y hacía ¡adiós! con leves movimientos de cabeza.

—Adiós... Madre... Si no vuelvo, dígame cuánto la he querido... Que su recuerdo me alienta... Y dígaselo... porque es cierto...

—Se lo diré...

Salió. Por el camino no saludó a nadie, porque le pareció que salían apresuradamente a mirarlo con mudo reproche.

Cuando ya no se oyeron sus pasos, Doña Carola corrió a la pieza de la vieja, cerrándose el batón que se le abría sobre las piernas y vociferó encolerizada desde la puerta:

—¿Qué quería ése? Primero abandonó a la Florinda ¡y ahora viene de visita cuando se murió?

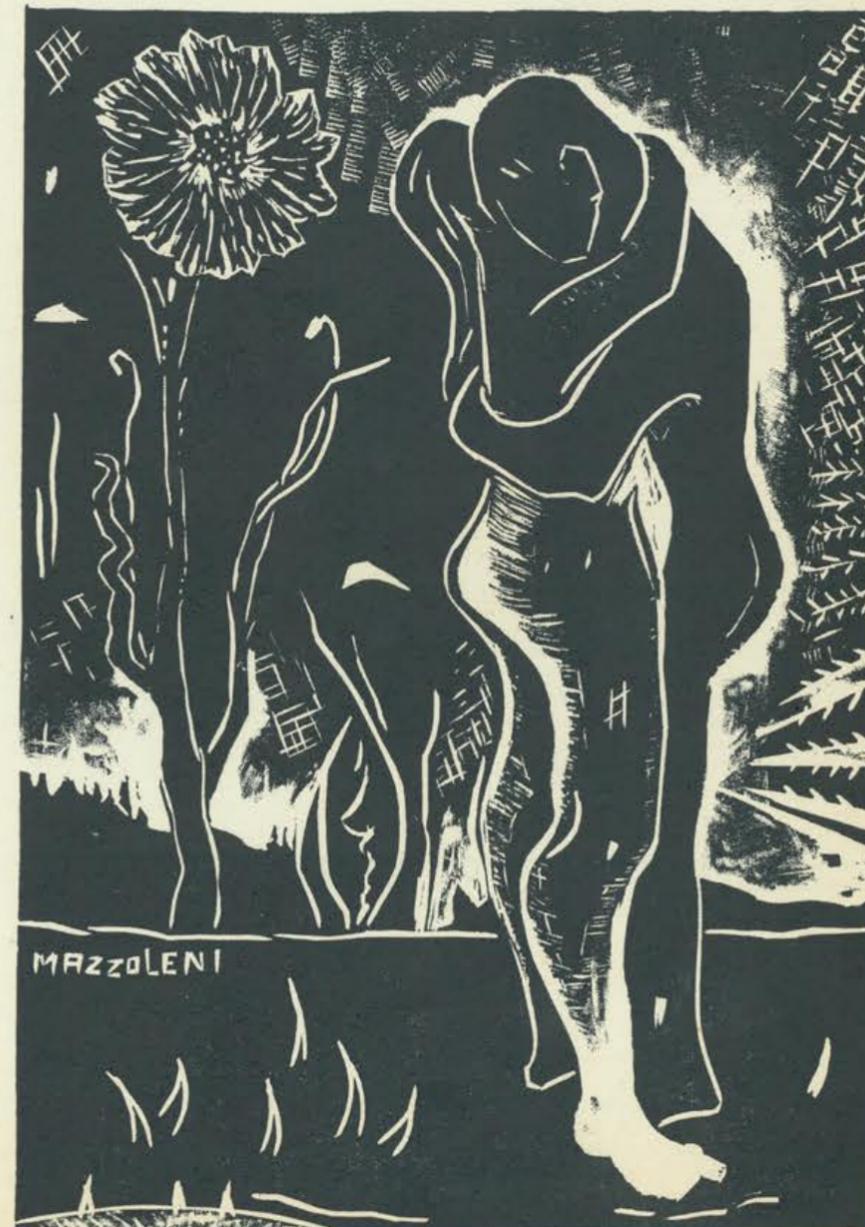
M/4

AMOR Y SEXO EN LA NARRATIVA ARGENTINA

(Confesiones en torno a un
libro en preparación)

FERNANDO ALONSO

XILOGRAFÍAS DE
HECTOR MAZZOLENI





Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó: macho y hembra los creó.

GENESIS - I, XXVII

El amor es una voluntad de promoción. El yo que ama quiere ante todo la existencia del tú. No hay amor propiamente dicho sino siendo dos y proponiéndose el yo salirse hacia el otro.

N. NEDONCELLE: "Vers une philosophie de l'amour".

Si se observa el papel importante que representa el amor en todos sus grados y en todos sus matices, no sólo en las comedias y novelas sino también en el mundo real, donde junto con el amor a la vida es el más poderoso y el más activo de todos los resortes; si se piensa que de continuo ocupa las fuerzas de la parte más joven de la humanidad; que es el fin último de casi todo esfuerzo humano; que tiene influencia perturbadora sobre los más importantes negocios; que interrumpe a todas horas las ocupaciones más serias; que a veces hace cometer tonterías a los más grandes genios; que no tiene escrúpulos en lanzar sus frivolidades a través de las negociaciones diplomáticas y de los trabajos de los sabios; que tiene maña para deslizar sus dulces esquelas y sus mechoncos de cabellos hasta en las carteras de los ministros y manuscritos de los filósofos, lo cual no le impide ser a diario el promovedor de los asuntos más malos y embrollados; que rompe las relaciones más preciosas, quiebra los vínculos más sólidos y elige por víctimas ya la salud o la riqueza, la alcurnia o la felicidad, que hace del hombre honrado un hombre sin honor, del fiel un traidor y que parece así como un demonio que se esfuerza en trastocar todo; entonces, estamos prontos a exclamar: "¿Por qué tanto miedo? ¿Por qué esos esfuerzos, esos arrebatos, esas ansiedades y esa miseria?"

Pues no se trata más que de una cosa muy sencilla: sólo se trata de que cada macho se ayunte con su hembra.

ARTURO SCHOPENHAUER: "El amor, las mujeres y la muerte".

Ciertamente que el tópico es crudo, aunque veraz hasta el cogollo. Esta no es lectura para pusilánimes ni mojigatos, porque el mundo esencial de las grandes ciudades tiene un subsuelo de cloacas que no hace, precisamente, al preciosismo rococó, pero que están, y son necesarias.

CATULO CASTILLO: "Prostituario".

Quizás sin saberlo, hace treinta años comencé esta nota. Más, estas páginas que serán las de un libro hace mucho menos tiempo comenzado.

Este trabajo digamos, este divagar, este continuo pensar y pensar acerca del tema del amor y del sexo, a veces se parece a un monstruo enorme y temible, bicéfalo, tentacular al máximo, escurrizado, intratable; otras lo sentimos como al palpar en nuestro pecho si apoyamos una palma con deseo de ello, o como si nuestra conciencia tuviera voz y la escucháramos.

Pero hace treinta años que nació en mí, decía.

Hace treinta años, la avenida General Paz existía tan sólo en los mapas municipales. Pero en la realidad no era más que una larga lengua estirada casi rectamente quedada de pampa. A sus orillas, de un lado terminaba la Capital Federal, del otro se iniciaba la provincia, igual a su actual función limítrofe. De este lado estaba mi casa.

En esa "avenida", hasta entonces bordeada de alambradas que encerraban pastos y la furia de un fútbol ahora fenecido y sangrientos encuentros de box entre aficionados, allí, decía, quedaron muchos días de mi infancia.

Un día se firmó un antiguo proyecto. Y de pronto otro día —quizás al siguiente— se inició una caravana que pareció interminable de camiones y camiones que llegaban cargados de tierra a cubrir aquellos pastos; el fútbol y el box también quedaron allí sepultados. Otra época comenzó. Para mí, fue, de algún modo, el comienzo de "la era del asfalto".

Repito que tal vez en esos momentos que hoy recuerdo nacieron sin yo saberlo estas páginas, este trabajo, esta nota o este libro; este inagotable tema del monstruo bicéfalo y tentacular, o el más hermoso de todos los temas. Pero no solamente nuestros juegos y la avenida General Paz se habían modificado. Habíamos crecido paralelamente con aquella obra majestuosa que duró sólo un año. Prácticamente mi infancia había terminado con ella. Porque mi infancia concluyó además, cuando mis pequeñas amigas del barrio se alejaron de mí, al igual que de mis amigos, por un imperativo de sus padres, nunca confesado, inexplicable y rutinario. Evidentemente, un supuesto "peligro" hizo romper, quizás para siempre, una amistad pura y sencilla con juegos y sueños compartidos.

Después de entonces ya no vimos más juntos la luna desde la "avenida" y tam-

poco desde la otra erguida, de cemento. La luna quedó olvidada para nuestros ojos inocentes hasta muchos años después, ya juntas nuestras cabezas a las de otras muchachas a quienes amamos o quisimos amar, por sentimiento o por vanidad inicial de quien empieza a enorgullecerse por sus pantalones largos. Años después, ya poeta y escritor, ya también periodista (o más precisamente, aprendiz de esta profesión), conversando con mi amigo y colaborador Arturo Rezzano, nació un libro una tarde. Juntos lo pensamos y lo escribimos juntos. Así aguardamos tenerlo uno de estos días en nuestras manos como a un nuevo hijo. Se trata de un libro sobre la novela social argentina.

Vale apuntar este detalle, porque al igual que el otro de la "avenida" y del alejamiento de mis amigas de mi lado, el tema de lo social nos hizo ver de pronto en tantas páginas consultadas innumerables aspectos de otra problemática en cuestión: el tema del amor y del sexo en la narrativa argentina. Con Rezzano marchamos juntos palmo a palmo, renglón a renglón. Pero quizás Rezzano me haya visto alguna vez como perdido en medio de la lectura de lo que preparábamos, o en el comentario de lo que había quedado escrito, o en la discusión de lo que alguno de los dos no coincidía. Pudo ser, lo reconozco. Rezzano: Yo estaba en mi "avenida", mi cabeza buscaba las de aquellas niñas de entonces, a mi luna solitaria; y el amor de citas y besos, después hallado en Inés, me entretenían. Pero sabes amigo que igual yo estaba, como vos, en lo social metido.

Tenía que estarlo, no era para menos. Lo social me traía la "avenida", aquellas muchachas, lunas iguales, citas recordadas, el amor y los besos. Sí, el sexo, también.

Tiempo después —cerca de dos años— el libro quedó terminado. Pero antes de que esto sucediera, antes de que ese primer alumbramiento se hubiera producido, ya otro libro se estaba gestando. Era este, el del amor y el sexo, el del amor y el sexo en nuestra narrativa. Debí entonces volver solo a tantos libros que ilusoriamente había vuelto a ordenar, y comencé la búsqueda de los grandes amores en ellos reflejados, la búsqueda apasionada y curiosa de tantas parejas de hombres y mujeres de papel a la vez que de sangre. Y empecé a encontrarlos en luchas hermosas de la pasión, o en los momentos plenos de la posesión; en la sinceridad, o en el puro capricho de la carne por la carne.

Recopilé frases para acápites, leí desordenada y ordenadamente, anoté deducciones y marqué párrafos y frases. Pero algo hermoso sentí en medio de la tarea, siempre desarrollada durante las horas más altas de la noche. Era el reencuentro con mi infancia, con el comienzo de mi pubertad, con aquellos momentos de dudas y consultas al diccionario amigo o al amigo "diccionario", con aquel libro que a escondidas leían mis hermanas mayores con tapas de las "Rimas" de Bécquer pero que en realidad eran de Freud sus páginas, con aquellos días en que vanamente busqué revelaciones que solo un tiempo distante me trajo.

No quiero ni corresponde aquí citar autores, y tampoco alardear con bibliografías. La frialdad de esos datos permanece en cientos de fichas que esperan convertirse en texto. Pero sí me obliga a recordar, decía, aquellos días iniciales del tremendo misterio, y los posteriores de las primeras asombrosas revelaciones; los otros que vinieron después con cartas y citas, y los muchos más de esperas, de conquistas o adioses. Cuánto sano palpar hallé en cuentos y novelas, cuánta farsa también en tantas vidas de papel recortadas.

Mi libro, este libro sobre el amor y el sexo, se detuvo muchas veces. Confieso un tanto avergonzado que de él aproveché recuerdos e invenciones para tejer dos cuentos. Pero lo sigo, hasta el fin lo seguiré.

Sucede aquí que a quienes hayan leído hasta este renglón de mi nota, tal vez la idea o la esperanza de hallar revelaciones se desvanezca con esta confesión: nada más he de agregar. Mi colaboración para "Carpeta Cero" concluye aquí, como un cuento inconcluso en su apariencia. Porque mi libro está inconcluso. Y porque yo marché en medio de tantos libros y papeles como perdido, sin saber a ciencia cierta cómo terminará aquello que, no debo olvidar, es también un monstruo tentacular y bicéfalo.

Proseguiré mi libro no como espiando por una cerradura, y sí atento a todo movimiento, a todo latir. Una mano me conduce, o mi mano conduce una mano. Créeme lector, no sé bien si llevo o me llevan. Pero lo cierto es que voy tomado de una mano.

Tal vez sea la de alguna de aquellas muchachas a cuya cabeza aproximé la mía buscando la luna en la "avenida" distante (y lo repito), por amor o por vanidad inicial de quien empezaba a enorgullecerse por sus pantalones largos.

**EL COCHE,
EL GUISO
Y
LA VERGÜENZA**

(para Alba Gandolfi)

**MIGUEL M.
ALASCIO CORTAZAR**

**XILOGRAFIAS DE
HECTOR MAZZOLENI**

CeDInCl



Doña Salustiana había pasado la noche despierta. Según ella, todas sus predicciones se confirmaban. "Si, señor —pensó— o reprimimos duro o se nos insolentan en masa y después, sólo Dios sabe a dónde iremos a parar..."

—Permiso, señora, traigo el té.

—Entrá, Justina, entrá.

Doña Salustiana se sentó en su gran camastro colonial, mientras Justina le arreglaba los almohadones y alisaba las sábanas de hilo. Tomó un sorbo.

—Debes preparar las valijas —dijo después, sin mirarla, con voz compungida.

—¿Se siente bien la señora?

—¿Bien? ¡Ay, Justina, Justina! ¿Qué es el bien y qué es el mal? —segura del efecto, acentuó el dramatismo de sus palabras—. Estoy atribulada y sólo pido al Señor que no se derrame sangre...; ah, le dices al niño Ramoncito que también se prepare. Nos vamos todos a la estancia, en cuanto aclare. Allá estare-

mos lejos de estos absurdos desórdenes, de esta incomprensión por los valores morales, por todas las cosas buenas y eternas. Allá hay paz...

Y, luego de beber la infusión entre suspiros, entornó los ojillos de brillo acorado, que a Justina le recordaban la mirada fría de los reptiles, e insistió con grave susurro:

—Sólo en la estancia... querida y fiel Justina... sólo en la estancia...

Ramoncito, tampoco durmió esa noche. Con aire de papagayo asustado se paseaba en la planta baja, sin dejar de observar de vez en cuando, por la mirilla de la puerta principal, la calle en penumbra, desierta y humeante.

Cuando Justina le dio el mensaje de su madre, sintió una puntada en la nuca, dolor en las sienes y una picazón intensa en su barba a lo Facundo.

"Llegó el momento de decirle a má que el Yeyo está hecho bolsa... si le con-

fieso lo de la picada me mata. ¡Y esos idiotas que pasaron y no lo incendiaron".

—Justi... un whisky, los supositorios que están en la cómoda y luego subo... Un viento frío y huracanado, que comenzó a soplar de sur a norte, cruzó los campos de Doña Salustiana y, luego de caracolear sobre los terraplenes, se adentró con furia en el arrabal pringoso, levantó las chapas de algunas casillas, y llenó de ruidos el quieto y tenso silencio.

Con las cabezas gachas, como en los cuadros de Felipe De la Fuente, los obreros se agrupaban en los reparos de los callejones o al abrigo de las alcantarillas en el fondo de las zanjas, a la espera de las primeras luces. La mortaja de tierra, cenizas y desechos, afirmaba su desesperación.

En un rancho, Sandalio —un viejo a quien la jubilación escasa, obligaba

a trabajar doce horas diarias— después de mojar el último trozo de pan duro en el mate cocido, se desperezó y rompió el silencio de la noche en vela.

—Tenemos el fuego de esta vida perra —dijo a sus compañeros, con voz pausada, ronca y firme— también tenemos el cabrito metido en la cacerola, por primera vez un sentimiento grande y bueno nos une a todos, nos sobra voluntad, pero debemos comprender que no cocinamos para otros, como ha ocurrido desde la Semana Trágica...

La emoción de su espíritu llenaba el ambiente. Los hombres asentían, broncosos y meditabundos. Unos lagrimones gruesos resbalaron, entonces, por el rostro agrietado del viejo, mientras los resplandores languidecientes del candil los hacían brillar como dos luces, en las que viajaron las miradas esperanzadas de aquellos trabajadores.

DOS POEMAS

JORGE MENDEZ

**XILOGRAFIA DE
LINDA RENDINI**

CeDInCl

TODOS NOSOTROS

Estoy con ellos,
en la lucha;
ganándole al despertador
en la mañana;
en los dos mates sin azúcar;
en el hacer de fleco al colectivo.
Estoy en el taller,
en la fundición,
en el andamio.
Junto al matarife y el minero
el estibador es mi hermano,
y comparto con ellos
su pan y mi vino.
Mi compañera es como la de ellos;
tiene la garganta reseca
y unas manos callosas
que beso a cada instante,
y tiene, sobre todo,
ganans de cambiar el mundo.
Ellos están conmigo;
me dicen:... "ché, poeta,
escribí de nosotros"...

En las barricadas
estamos codo a codo;
la camisa nos sirve de armadura,
y derrotamos la noche
con la luz de los ojos.
Ellos y yo estamos para eso,
para ser uno solo,
uno grande, inmenso, libre;
para ser: Pueblo.

DIALOGO CON ISABEL

No hemos
de perder la primavera
que juntos inauguramos con canciones...

¿Recuerdas?... Eramos jóvenes
como la tierra y el pan,
como el labriego que fecunda
la tierra para dar a luz el trigo;
como los árboles en que inscribimos
nuestros nombres...
No puedo olvidarlo,
tu sonrisa tenía el misterio
de las constelaciones,
y tu voz jugaba con los pájaros.

Yo era así,
como ahora,
un cigarrillo gastándose en los dedos
y los zapatos llorándole a la lluvia.
Entonces era tiempo de ilusiones,
de compartir poemas,
de silencios; de andar por las calles
asombrando los charcos de la luna,
descubriendo los misterios de la vida.

Ahora,
tenderemos un puente
para dialogar con la vida
que nos encadenó en la espera.

Pero sabemos que basta sentir que nos amamos
para seguir inaugurando primaveras.



CeDInCI

ILUSTRACIONES IMPRESAS
CON TACOS ORIGINALES

CeDInCI